

# El Asentamiento Fortificado del Cerro del Almendro (Santa Olalla del Cala, Huelva)

Eduardo Romero Bomba  
Timoteo Rivera Jiménez  
Juan Aurelio Pérez Macias

---

## Resumen

Se presentan en este trabajo los materiales cerámicos del asentamiento fortificado de Cerro del Almendro (Santa Olalla del Cala, Huelva). Estos materiales indican una ocupación durante la Edad del Cobre y el Bronce Pleno, y se reflexiona sobre las condiciones del poblamiento en esta zona en el II milenio a.C.

## Abstract

We present in this work the ceramic materials of the fortified establishment of the Cerro del Almendro (Santa Olalla del Cala, Huelva). These materials indicate an occupation during the Copper Age and the Bronze Age, and it is reflected on the conditions of the establishment in this zone in II millennium a.C.

Desde que en la década de los años 50 del siglo XX se dieran a conocer los primeros testimonios de necrópolis de

cistas en la provincia de Huelva y hasta nuestros días, ha aumentado considerablemente el conocimiento sobre la cultura del Bronce del Suroeste de la Península Ibérica. A remolque de la investigación de la cultura de la Edad del Cobre, con sus extensas manifestaciones megalíticas, cuyos rasgos ergológicos unifican las pautas geográficas por encima de la diversidad arquitectónica de los monumentos funerarios, el mundo de los enterramientos individuales en cista no comenzaría a ser valorado en su conjunto hasta la sistematización y síntesis realizada por H. Schubart (1975). Un punto de partida meritorio en cuanto a la amplitud del material registrado, fundamentalmente enterramientos en cista, ajuares funerarios, y elementos metálicos, que le sirvieron para formular las primeras propuestas cronológicas del denominado, desde entonces, como Bronce del Suroeste. Una individualización de carácter geográfico de esta cultura, aceptada unánime-

mente por sus peculiaridades frente a otras áreas peninsulares de la Edad del Bronce, sobre todo el significativo foco argárico, el Bronce del Sureste, al que luego se han añadido nuevas zonas, como el Bronce Valenciano, el Bronce de la Mancha, etc.

El trabajo de H. Schubart, reducido al estrecho margen de las manifestaciones funerarias, nos planteó además una evolución temporal de los registros funerarios, los horizontes de Ferradeira, Atalaia y Santa Victoria, que nos marcaban a través de una serie de ítems característicos las fases de esta cultura, desde los momentos iniciales del Bronce Antiguo, de hondo sabor campaniforme (Ferradeira), los momentos de Bronce Pleno, de mediados del II milenio a.C., bien representados en la necrópolis de Atalaia, y la transición al Bronce Reciente, del último cuarto del II milenio a.C. (Santa Vitoria), que en aquellos momentos se alargaron hasta el Bronce Final y Período Orientalizante por la falta de documentación arqueológica de esas fases protohistóricas, hoy conocidas a ambos lados del Guadiana, Passo Alto en Serpa (Monge Soares, 2005), Cerro da Forca en Barrancos (Romero y Rego, 2001), Sierra de la Lapa en Encinasola (Pérez Macías, 1983), San Cristóbal en Almonaster la Real (Pérez y Buero, 1986), y Bejarano en Aroche (Gómez, Romero y Martín, 2001), por citar algunos ejemplos (Gómez Toscano, 1998). Ya nadie duda de la personalidad del Bronce del Suroeste, pero a medida que ha ido desarrollándose la investigación surgen matizaciones que enriquecen el panorama. En primer lugar al constatar que algunas de las características esenciales de la práctica funeraria se extendieron también al otro lado del Guadiana, como demostró el trabajo realizado por M. del Amo (1975) sobre las necrópolis de cistas de la provincia de Huelva, que presentaban ya una serie de connotaciones particulares, entre otras la ausencia de la facies final de tipo Santa Vitoria con sus vasos gallonados y decoraciones incisas y bruñidas, y el crecido número de hallazgos en la Sierra de Aracena frente a los escasos ejemplos de otras zonas de la provincia. Descubrimientos posteriores completan el panorama presentado por M. del Amo, que no documentó ningún hallazgo correspondiente al horizonte Ferradeira, del que ya conocemos dos ejemplos, uno en el casco urbano de Zufre (Rivero y Vázquez, 1988) y otro en Valdecerros de Ayamonte (Gómez, Paz, Pérez, y Campos, 1996). En segundo lugar, al incrementarse la investigación en el área extremeña, donde al registro funerario se suma la estratigrafía del Castillo de Alange (Pavón Soldevilla, 1994; 1998), que es hasta el momento el único hábitat que refleja en sus acumulaciones sedimentarias la evolución del Bronce del Suroeste. Como añadidura, son cada vez más frecuentes los hallazgos de la Edad del Bronce en el Bajo Guadalquivir, tanto de necrópolis de cistas (Fernández, Ruiz y Sancha, 1976; Hurtado y Amores, 1984; Santana Falcón, 1990) como de lugares de habitación, la Mesa de Setefilla en Sevilla (Aubet, Serna, Escacena y Ruiz, 1984), el Llanete de los Moros (Martín de la Cruz, 1988) y Monturque (López Palomo, 1993) en Córdoba, Estanquillo (Ramos Muñoz, 1993), Huerto Pimentel (Tejera Gaspar, 1986), Cerro del Berueco (Escacena y De Frutos,

1985) en Cádiz, que sirven de contrapunto, y de polémica, para poder entender la evolución de estas sociedades de la Edad del Bronce en el territorio entre el Guadalquivir y las costas atlánticas.

El Bronce del Suroeste ha pasado así a ser un período ejemplificado por necrópolis a una etapa de poblados y estratigrafías, en las que se desarrolla el debate actual, y esto supone una línea de reflexión, referida en especial, a las formas de poblamiento (García y Hurtado, 2004). Al Castillo de Alange, la Mesa de Setefilla y el Llanete de los Moros se unen en la provincia de Huelva los hábitats de El Trastejón en Zufre (Hurtado y García, 1994), La Papua en Arroyomolinos de León y Sierra Bujarda en Valdelarco (Hurtado et alii, 1999; García y Hurtado, 2004; Romero Bomba, 2002), Santa Marta II en Santa Olalla del Cala (Pérez, Rivera y Romero, 2003), y Tres Águilas en Riotinto (Pérez Macías, 1996), que con sus complicados sistemas defensivos ofrecen otra imagen, reñida con la de poblaciones itinerantes cuyo rastro en el territorio era la dispersión de enterramientos en cista.

De esta forma, la cultura del Bronce del Suroeste tiene unos rasgos definidos, pero la evolución de los ajuares funerarios no encuentra todavía un reflejo en la evolución del patrón de asentamiento. Resulta sintomático apuntar en primer lugar que el pujante poblamiento del III milenio a.C., una verdadera colonización de las tierras del suroeste sólo superada por la explotación agrícola romana, termina con un período de ruptura en el momento conocido como Bronce Antiguo, en la primera mitad del II milenio a.C. La mayor parte de los asentamientos de la Edad del Cobre se abandonan y no existe conexión evidente entre el sistema de poblamiento de la Edad del Cobre y el de la Edad del Bronce. No estamos únicamente en una mayor jerarquización del territorio, en la aparición de un tipo de hábitat preferentemente amurallado que concentra una población anteriormente dispersa, pues no hay un solo asentamiento que marque la pauta estratigráfica de la evolución poblacional entre la Edad del Cobre y la Edad del Bronce. Los poblados de la Edad del Bronce conocidos tienen ya un componente ergológico perfectamente desarrollado, muy alejado de la cultura material de la Edad del Cobre. Por otro lado, ya desde la Edad del Cobre comienzan a abundar hábitats amurallados en determinadas áreas, frente a otras con asentamientos abiertos en altura o en llano. Plantear así una evolución del Bronce del Suroeste a partir de la cultura local de la Edad del Cobre es un razonamiento lógico, pero no evidente. En el intermedio queda un largo proceso de transformación de las estructuras económicas y sociales, un período oscuro, no explicado, que desemboca finalmente en la cultura del Bronce del Suroeste.

Se puede achacar este cambio, y de hecho se hace, al peso económico de la producción de cobre y un creciente individualismo de los componentes grupales, es decir, una mayor jerarquización social (García Sanjuán, 1998). De un lado, la metalurgia del cobre estaba ya plenamente desarrollada en la segunda mitad del III milenio a.C., de lo que es un buen ejemplo el asentamiento de Cabezo Juré en Alosno (Nocete, 2004), y esa disgregación de los grandes grupos familiares,

que serían la consecuencia del paso del enterramiento colectivo al individual, tampoco es uniforme. Muchas necrópolis de cistas presentan agrupamientos, cuando no monumentos (Atalaia), en los que se simboliza esa idea grupal, y la jerarquización y segmentación social es difícil de asumir, o de constatar, en enterramientos con ajuares tan uniformes como los que aparecen en las cistas del Suroeste. Hay que entender el hábitat fortificado no como una novedad, pues ya se conocen en la Edad del Cobre, sino como una consecuencia del monopolio en la explotación de determinadas áreas, que desde el punto de vista económico, agro-ganadero o minero, es necesario controlar para conservarlas como áreas de captación de recursos estratégicos para la economía del grupo.

Estas objeciones que ocultan la evolución lineal desde la Edad del Cobre a la Edad del Bronce, puede repetirse en el tránsito desde el Bronce Pleno al Bronce Final, hasta tal punto que son muchos los investigadores que cuestionan la existencia de un Bronce Pleno en determinadas zonas, donde ante la ausencia de testimonios funerarios o de hábitats se articulaba una solución de compromiso, un paso gradual, poco matizado, entre la Edad del Cobre y el Bronce Final, tal como se ha propuesto alguna vez para el Valle del Guadalquivir. La realidad es que el Bronce Pleno del Guadalquivir no es una facies fantasma, que aparece en unos lugares y en otros no. Los hallazgos de poblados en el Guadalquivir, como el conocido en la Mesa de Setefilla (Aubet, Serna, Escacena, y Ruiz, 1984) o los recientemente localizados en Villanueva del Río y Minas, Piedra Resbaladiza, Los Porretos y Cerro de la Encarnación (Schattner, Ovejero y Pérez, 2004), certifican este poblamiento de la Edad del Bronce, del que antes sólo contábamos con ejemplos aislados (Buero, Guerrero, Iglesias, y Ventura, 1978) y algunos enterramientos (Fernández, Ruiz y Sancha, 1976).

Existen todavía ejemplos muy reducidos de estratigrafías que nos confirmen la continuidad entre el Bronce Final, Bronce Pleno y la Edad del Cobre, y la superposición de unidades sedimentarias con materiales cerámicos de estos tres momentos no es una prueba concluyente de la evolución cultural, porque por encima del sustrato se quiere dar más protagonismo a la presencia de materiales exógenos, existan o no, pues cuando no existen se reseñan los bruscos cambios que acontecen en las tipologías cerámicas para apuntar una discontinuidad o, simplemente, un período de hiatus. Los contactos con el exterior debieron producir cambios, pero estos cambios no se manifiestan hasta que no se produce una verdadera aculturación, con un contacto permanente. Con todas nuestras limitaciones, las estratigrafías de la Mesa de Setefilla y Llanete de los Moros nos demuestran que existe un Bronce Pleno en la Baja Andalucía que forma un atrayente foco al que llegan los productos micénicos, bien directamente o, lo que es más probable, desde el Mediterráneo central. Es un primer paso que sería rentabilizado posteriormente por los fenicios.

La penumbra aparece también en la transición entre la Edad del Bronce y la Edad del Cobre, en la que hemos apli-

do una terminología que resulta complicado definir desde el punto de vista de la cultura material, con clasificaciones como Horizonte Ferradeira, Bronce Antiguo o Epicalcolítico, difíciles de explicar si nos alejamos del estrecho margen de determinadas manifestaciones funerarias. Sólo existen dos asentamientos en el que se puede comprender la evolución entre el III hasta mediados del II milenario a.C., el Castillo de Alange (Badajoz) y Monturque (Córdoba). El Castillo de Alange los niveles arrancan desde el Bronce Antiguo/Epicalcolítico hasta el Bronce Tardío/Final, pero no está demostrado el carácter calcolítico de los niveles de base, alejados del repertorio cerámico más característico del calcolítico meridional, el horizonte de los platos de borde engrosado. El asentamiento arrancaría ya desde los momentos iniciales de la Edad del Bronce, tal como propone I. Pavón (1998), pero en un momento en el que esas sociedades se encuentran ya alejadas ergóbicamente de ese mundo de ídolos y grandes túmulos funerarios que definen la cultura dolménica hasta sus etapas finales, que en algunas zonas puede extenderse hasta los comienzos de la Edad del Bronce, en las que se mantiene este simbolismo funerario con reutilizaciones de los monumentos megalíticos, es decir, sin una conexión directa con la Edad del Cobre.

Más interesante resulta la estratigrafía de Monturque (Córdoba), que abarca desde el Calcolítico Campaniforme hasta el Bronce Final, exemplificando una continuidad de habitación, de ocupación prolongada, sin los cambios bruscos de poblamiento y de explotación de los recursos que se emplean a veces para justificar desarrollos divergentes en áreas próximas.

En definitiva, hemos pasado de una cultura de enterramientos a una cultura de poblados, lo que nos plantea a su vez otra serie de problemas, pero que de todos modos, los enfocaremos como queramos, tiene más posibilidades para poder explicar este proceso histórico, los verdaderos cambios económicos y sociales que se manifiestan en las nuevas tipologías, que responden a los nuevos gustos y a su representación.

Para la provincia de Huelva contamos ya con algunos casos significativos, como el Trastejón en Zufre (Hurtado y García, 1994), pero resulta complicado pronunciarse sobre su evolución, si es una ocupación de Bronce Pleno que continúa hasta Bronce Final o si es una ocupación de Bronce Pleno en el tránsito al Bronce Final. Nos informa eso sí de la pervivencia de unas estrategias económicas que se iniciaron en el Bronce Pleno y se mantienen en el Bronce Final (Hurtado y García, 1994), precisamente hasta un nuevo momento de cambio que va a terminar con la colonización fenicia. No contamos por ahora con asentamientos como el Castillo de Alange o Monturque, que ofrecen un desarrollo más completo de la Edad del Bronce. En un reciente trabajo sobre una recogida superficial de materiales en un hábitat cercano a las estructuras filonianas de San Rafael (Cala), el Cerro de los Rehoyos, con predominio de cuencos de borde entrante y un ejemplo de plato de borde reforzado, hemos planteado la posibilidad de que este hábitat represente ese momento

de transición de la Edad del Cobre a la del Bronce, pero las condiciones del muestreo impiden una mejor definición cronológica (Pérez y Rivera, 2004). Si es posible plantear esta continuidad de hábitat en estos períodos en otro asentamiento próximo, el Cerro del Almendro, en Santa Olalla del Cala, situado como el anterior junto a la Rivera de Cala. El hábitat adquiere además una especial significación en el conjunto de asentamientos de la zona, con lo que es posible trazar una síntesis del poblamiento desde la Edad del Cobre hasta época prerromana, tal como describiremos más adelante.

### Cerro del Almendro

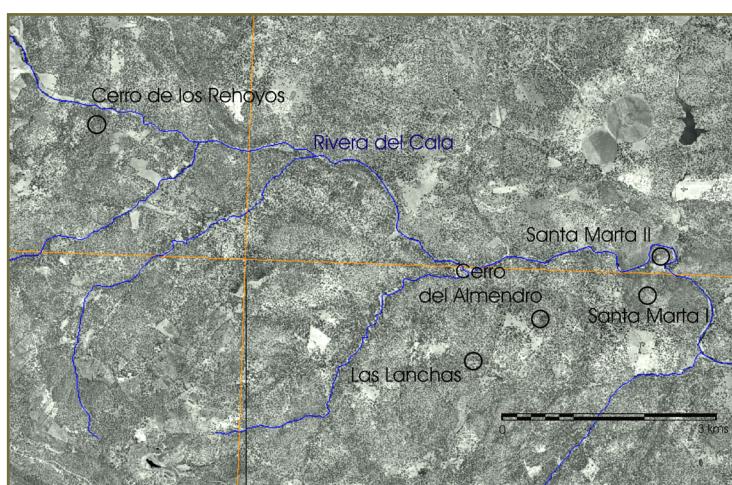


Fig. 1 - Distribución espacial de los yacimientos de la Edad del Bronce en la Rivera de Cala

El Cerro del Almendro, dado a conocer por García Sanjuán y Vargas (2002), se sitúa en las proximidades de la Rivera de Cala (Fig. 1), uno de los afluentes de la Rivera de Huelva, tributario de la margen derecha del río Guadalquivir, que se une a éste en las inmediaciones de Santiponce. La Rivera de Cala recoge aguas en las estribaciones meridionales de la Sierra de Tentudía, una formación que marca naturalmente los límites entre la Baja Andalucía y Extremadura, la Tierra de Barros de Badajoz. Es pues un corredor estratégico, ya que a lo largo de la historia ha marcado la línea de desarrollo de importantes vías comunicación con Extremadura. Por sus alrededores discurre hoy la carretera Sevilla-Mérida, como antes lo hacía la vía de la Plata en su tramo Hispalis-Emerita, y desde este punto, antes de atravesar Sierra Morena por el Puerto del Viso, en la Edad Media se bifurcó el camino con un ramal hacia Badajoz, que desde el siglo XI va a ir supplantando en importancia administrativa a la antigua capital de la Lusitania.

Su ubicación se realiza pues en un lugar de especial control en el paso de Sierra Morena, pero además lo hace en las cercanías de dos importantes yacimientos minerales de la zona de Ossa Morena, la estructura filoniana de Cala y el yacimiento de cobre-níquel de Aguablanca (Monesterio). La primera es una larga formación filoniana de sulfuros de co-

bre que se desarrolla en los términos municipales de Cala, Monesterio y Calera de León, que ha sido explotada en época contemporánea en las concesiones Zarina, Sultana, San Rafael, Cometa, Extremadura, y California. En todas estas concesiones hay señales evidentes de laboreo de época romana, que ha dejado sobre el terreno algunos mantos de escorias, y en algunas de ellas, como Sultana o San Rafael, hay constancia de explotación en la Edad del Bronce, por los martillos de piedra con surco central de enmangue o por los asentamientos próximos a la mineralización (Cerro de los Rehoyos).

La situación del asentamiento puede enmarcarse en estas coordenadas, su cercanía a unas extensas manifestaciones filonianas de sulfuros de cobre, que se conocen ya desde la Prehistoria Reciente, y en una encrucijada de caminos, en un lugar de especial significación topográfica, en uno de los puntos de acceso que permitían el paso de Sierra Morena y la comunicación entre las llanuras extremeñas y las tierras del Valle del Guadalquivir. Pero desde el punto de vista de la elección, es evidente que predominan factores de control sobre el punto de paso que sobre la explotación de los recursos mineros, que quedan próximos, pero sin una relación directa con la ubicación del asentamiento. Desde esta perspectiva la mineralización más cercana es la de Aguablanca, que hoy se explota para níquel, pero que era también rica en minerales de cobre. No contamos, sin embargo, con ningún rastro de explotación prehistórica de esta mineralización, aunque esto no descarta totalmente que fuera explotada en la Edad del Bronce.

Las excelentes condiciones que se manifiestan en la elección del hábitat de cara al control de importantes recursos mineros y como estación de control de esta vía de comunicación, se implementan con la condición paisajística del cerro, una altura dominante, no demasiado escarpada, de gran dominio visual sobre las tierras adehesadas del entorno (Fig. 2). La cúspide esta formada por un afloramiento granítico de grandes bolas que impidieron el desarrollo continuo del



Fig. 2 - Vista general del Cerro del Almendro

espacio de habitación, razón por la cual en la ladera alta se trazó una línea de muralla que rodea todo el cerro y ameseta la parte superior, permitiendo la construcción de espacios de habitación entre las rocas de la parte alta y el muro de circunvalación. Esta muralla es perceptible por el fuerte talud que rodea toda la zona alta del cerro, que en algunas zonas ha sido erosionada por las aguas superficiales y nos deja ver un cuerpo arquitectónico construido con grandes mampuestos trabados con barro, entre los que son abundantes los materiales cerámicos y líticos. La muralla se interrumpe en la parte norte, donde el afloramiento granítico presenta una sección vertical de más de tres metros de altura, lo que hacía innecesaria la prolongación de la muralla. En resumen, el Cerro del Almendro es un hábitat fortificado en altura en una posición de control de las comunicaciones entre Andalucía y Extremadura, y en las cercanías de largas estructuras filonianas de sulfuros de cobre.

Hay que entender las características de este asentamiento en relación con estos dos factores, el control de los recursos mineros, que tienen cada vez más importancia desde la Edad del Cobre, y de una manera especial la vía de comunicación, que aunque formalizada en época romana, existiría ya desde la Prehistoria Reciente. La fortificación tiene que ver con estos dos aspectos, pero la estructura interior del espacio de habitación no difiere sustancialmente de otros hábitats de las edades del Cobre y Bronce, cabañas con cubrición de ramajes y barro, de las que quedan en superficie abundantes fragmentos de pellas de adobe con improntas vegetales. En relación con esto conviene aclarar que el espacio disponible intramuros, descontando la superficie que ocupan los bolos de granito, no supera los 300 m<sup>2</sup>, lo que sin duda, tiene que ver con la capacidad demográfica del grupo que habitó el lugar, que sería reducido, en sintonía con las extensiones de la mayor parte de los asentamientos conocidos en la sierra de Huelva en el III milenio a.C. No estamos en el caso de grandes asentamientos como El Trastejón, Papua o Sierra Bujarda, cuya superficie nos indica, al menos, una mayor concentración de la población y posibilidades de segmentación social, que debieron estar ausentes en este tipo de pequeños poblados, en los que la organización gentilicia pudo mantenerse más cohesionada en un grupo familiar menos numeroso.

Lo verdaderamente novedoso de El Cerro del Almendro es su cultura material. Hay que advertir que se trata de una prospección superficial y que, por tanto, desconocemos la secuencia exacta del asentamiento, pero estos materiales son de por sí suficientemente significativos para poder aquilar las fases de ocupación del asentamiento, aunque se nos escapen algunas formas que pudieran haber ayudado a una mejor clarificación de la cronología. Dentro de la muestra destacan dos conjuntos bien definidos, de un lado las fuentes en forma de casquete esférico con borde reforzado (Fig. 3) y por otro los cuencos hemisféricos o esféricos achatados de borde entrante (Fig. 5). Los primeros nos certifican el comienzo de la ocupación en la Edad del Cobre, cuyos paralelos, suficientemente conocidos en los

enterramientos megalíticos y en los hábitats de la segunda mitad del III milenio a.C. en el Sur de la Península Ibérica, no vamos a listar para hacer más farragosa esta presentación. Sin embargo, de este conjunto de platos de borde reforzado queremos destacar una característica tipológica, sus formas con labios planos se acercan a los modelos de cuencos del Campaniforme inciso tipo Palmella/Carmona, y que hemos discriminado como una forma dominante del Calcolítico Final de la comarca de los Picos de Aroche, bien representados en el asentamiento de Cerro del Bruco (Pérez Macías, 1994), en el que predominan sobre otras formas de borde almenrado o engrosado. Con este paralelo cercano podríamos situar el inicio de la ocupación en el Cerro del Almendro a fines del III milenio a.C. o en los comienzos del II a.C., en los últimos siglos de la Edad del Cobre. Pueden adscribirse también a esta fase otros materiales menos comunes, como los cuencos peraltados con mamelones en el borde (Fig. 4, 12 a 14), las pesas de telar en forma de creciente de sección circular (Fig. 4, 20), e incluso el afilador en piedra para útiles pulimentados (Fig. 4, 21), sobre los que se conocen otros paralelos en los Picos de Aroche (Pérez Macías, 1987). Dentro del segundo conjunto nos encontramos con la monótona presencia de los cuencos de borde entrante en formas parabólicas, hemisféricas o esférico achatadas, que se imponen en los repertorios cerámicos de la Edad del Bronce, donde definen tanto los ajuares de las necrópolis como los niveles de habitación. Es un fósil guía tan documentado que no merece mayores esfuerzos de paralelismos; junto a ellos algunas formas de cuencos de carena baja (Fig. 5, 37) o media (Fig. 5, 36) que hay que situar también en la Edad del Bronce. Los grandes vasos de cuellos estrangulados (Fig. 4, 17) se hacen corrientes a fines de la Edad del Cobre, pero en esta zona están bien representados en las necrópolis de cistas, en las que, como en el caso de algunas tumbas de Castañuelo o Chichina, forman el ajuar con el cuenco esférico achatado de borde entrante.

La tipología nos ayuda así a conocer que el asentamiento de El Cerro del Almendro estuvo ocupado grosso modo entre fines del III milenio a.C. y mediados del II milenio a.C. Esto constituye la aportación de este asentamiento, pues, como hemos comentado anteriormente, salvo los casos de Monturque y Castillo de Alange, no son frecuentes los hábitats con ocupación continuada desde la Edad del Cobre a la del Bronce, y desde este punto de vista puede representar un caso paradigmático de un grupo que va evolucionando hacia nuevas formas económicas y sociales que se imponen en la Edad del Bronce. No pensamos que sea éste un caso único, a medida que se vaya incrementando la investigación veremos aparecer asentamientos calcolíticos que continúan en la Edad del Bronce, porque no han cambiado las estrategias que determinaron la elección del lugar y porque el componente social no ha variado radicalmente de estructura, un pequeño grupo familiar que no se ha disgregado por el aumento de efectivos.

En la finca Las Lanchas, cercana al hábitat del Cerro de los Almendro, se localiza una necrópolis de cistas que podría

estar relacionada con este asentamiento. Esta necrópolis está constituida por dos agrupamientos que presentan un total de 11 enterramientos, donde se ha empleado el granito para la delimitación de las estructuras funerarias. El primer agrupamiento está formado por 4 cistas, de las cuales sólo se han podido obtener datos de dos de ellas. La tumba 1 tiene una planta trapezoidal, con una longitud de 0'96 m, una anchura de 0'65 m. y una orientación N-S, mientras que la tumba 2 tiene una planta rectangular, con una longitud de 1'26 m, una anchura de 0'75 m, y una orientación NE-SW. El segundo agrupamiento cuenta con 7 enterramientos, de los cuales se ha podido obtener información de 4 de ellos. Las cuatro cistas son de planta rectangular y orientación E-W. Sus dimensiones son: tumba 1; 1'50 m de longitud y 0'90 m de ancho; tumba 2; 1'30 m de longitud y 0'80 m de ancho; tumba 3; 1'20 m de longitud y 0'72 m de ancho; y tumba 4; 1'20 m de longitud y 0'95 m de ancho.

### El Poblamiento de La Rivera de Cala En La Edad del Bronce

Como complemento a la cronología que arrojan los materiales cerámicos de superficie en el Cerro del Almendro, los asentamientos del entorno también ofrecen algunas pautas que ayudan a comprender el fenómeno que estamos comentando. En un radio de 2 kilómetros se suceden una serie de asentamientos que nos muestran la evolución del poblamiento desde la Edad del Cobre hasta época prerromana, lo que puede considerarse como una consecuencia del mantenimiento de las directrices que determinaron el primer emplazamiento, los recursos minerales de cobre y la encrucijada de caminos. No estamos en presencia, sin embargo, de poblados mineros, pues el hábitat no se sitúa en las inmediaciones de las mineralizaciones, sino en un lugar privilegiado para la vigilancia y aprovechamiento del tránsito entre las comunidades de Andalucía y Extremadura. Pero hay que considerar a la vez que esas poblaciones, con territorio agrícola sobre tierras terciarias y cuaternarias, carecían de áreas de extracción de minerales de cobre, de los que tienen que abastecerse de las poblaciones de Sierra Morena. Estas poblaciones de Sierra Morena adquieren así protagonismo en la producción metalífera, y éste es un hecho que permitió un cierto auge de estas poblaciones serranas en la Edad del Bronce.

Esta conclusión es patente en la Sierra de Huelva. Así, la zona de los Picos de Aroche, con un denso poblamiento en la Edad del Cobre, no cuenta, hasta el momento, con ninguna manifestación de la Edad del Bronce, ni de enterramientos ni de hábitats, mientras que en la zona de la Sierra de Aracena son muy abundantes, especialmente en la cuenca hidrográfica de la Rivera de Huelva, en la que se encuentran la mayor parte de las necrópolis de cistas y los poblados de El Trastejón, Papua y Sierra Bujarda, por citar sólo los de mayor envergadura. Esta diferencia puede explicarse fácilmente si consideramos los recursos mineros de cada una de

estas zonas. En ambos casos nos encontramos en la zona geológica de Ossa Morena, donde son frecuentes las formaciones filonianas de sulfuros de cobre y hierro, y algunos skarns de óxidos de hierro, a veces con mineralizaciones asociadas de sulfuros de cobre, como sucede en uno de los yacimientos mineros de mayor envergadura, el de Minas de Cala. No obstante, estas estructuras filonianas de sulfuros de cobre no existen en los Picos de Aroche, donde sólo se han registrado pequeños skarns de óxidos de hierro relacionados con episodios de rocas carbonatadas. Por el contrario, en la Rivera de Huelva todos esos poblados reseñados se encuentran próximos a yacimientos de sulfuros de cobre, El Trastejón y La Papua junto al afloramiento gossanizado de la magnetita de Cala, entre las que se intercalan filones ricos en carbonatos de cobre, y Sierra Bujarda en las inmediaciones de las estructuras filonianas de El Repilado/La Nava, entre ellas las de La China/Valdegalaroza. Ésta es a nuestro juicio la causa que origina este diferente nivel de poblamiento, que se manifiesta en la necesidad de contar con minerales de cobre, un valor en alza, de cuyo procesamiento hay evidencias en el registro funerario de algunas necrópolis de cistas, como las escorias de las cistas de Valdegalaroza (Romero, 2003; Pérez, Rivera y Romero, 2003) y Barranquera (Pérez Macías, 1997).

En otra zona rica en minerales de cobre, la estructura filoniana de Sultana/San Rafael de la Rivera de Cala también vamos a encontrar esa correspondencia entre recursos minerales de cobre y poblamiento, con las mismas características que en la Rivera de Huelva. Conocemos en la zona algunos asentamientos de la Edad del Cobre, pero entre ellos queremos destacar el Cerro del Almendro. No podemos asegurar que el Cerro del Almendro sea un poblado amurallado desde esta fase, aunque es muy probable que así fuera, y estaría relacionado con otro asentamiento que desde este momento está explotando las mineralizaciones de San Rafael, el Cerro de los Rehoyos. Como éste, el hábitat se mantiene en los comienzos de la Edad del Bronce, una cronología que se manifiesta también en los materiales de superficie. El hábitat no perdura hasta fechas más avanzadas de la Edad del Bronce, cuando la población pudo trasladarse a un nuevo lugar con mejores defensas naturales y con mayor espacio de habitación, al asentamiento de Santa Marta II, con signos inequívocos de producción de cobre por las escorias y los fragmentos de vasijas-hornos (Pérez, Rivera y Romero, 2003).

Santa Marta II es un asentamiento en altura, aunque a menor cota, en una de las revueltas de la Rivera de Cala, que rodea al yacimiento por tres de sus flancos, con laderas escarpadas que refuerzan una poderosa muralla de mampostería con bastiones que rodea toda la superficie habitada. En contraste con el Cerro del Almendro, éste es ya un asentamiento amurallado de entidad, en el que ha existido intencionalidad al buscar un nuevo emplazamiento con mejores defensas naturales. Su cultura material es también del Bronce Pleno, con cuencos de borde entrante y algún vaso de carena media, pero existen también fragmentos de cazuelas de carena alta y borde exvasado de sección almendrada, que habría

que llevar al Bronce Final. Respondería de este modo a una continuidad de poblamiento en relación con el Cerro del Almendro, de Bronce Pleno en tránsito al Bronce Final.

Santa Marta II no alcanzaría la etapa de desarrollo del Bronce Final, que está representada en otro asentamiento, Santa Marta I, en el punto más alto de la Sierra de Santa María/Santa Marta, las mayores alturas de la zona. Santa Marta I contiene ya en exclusiva elementos cerámicos del Bronce Final, entre ellos las cazuelas de borde saliente y los grandes vasos de bocas abocinadas o acampanadas. Es un asentamiento abierto, de menor categoría, que ha perdido ya esa necesidad de protección artificial, y se abandona antes del Período Orientalizante, pues no cuenta con ningún fragmento de cerámica a torno.

Todos estos asentamientos ejemplifican el auge de estas po-

blaciones en la Edad del Bronce, en paralelo a la importancia que va adquiriendo la explotación de los minerales de cobre, desde unos comienzos en el Calcolítico Final e inicios de la Edad del Bronce (Cerro del Almendro) hasta un período de máxima capacidad económica a mediados de la Edad del Bronce y los primeros momentos del Bronce Final (Santa Marta II), para terminar en el Bronce Final (Santa Marta I), que es una fase de decadencia, en la que la producción de cobre ha perdido en parte el peso que había tenido anteriormente por el interés del comercio fenicio en la producción de plata, que desemboca finalmente en la ruptura de un patrón de asentamiento que se había iniciado en la Edad del Cobre por la explotación y comercialización de cobre. Desde este momento, este nivel de poblamiento se traslada hacia otras zonas mineras, hacia la zona Surportuguesa (Riotinto, Aznal-

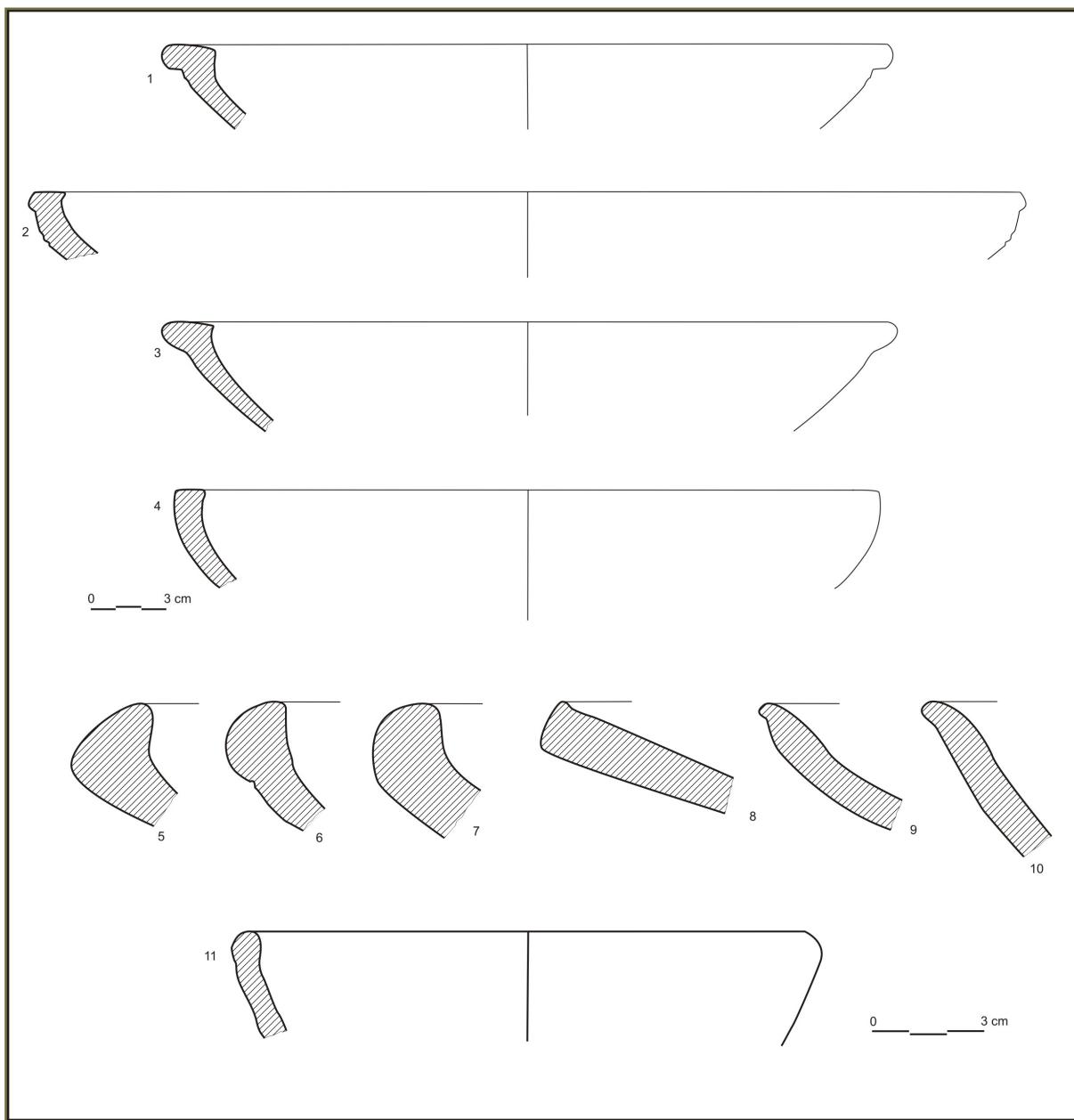


Fig. 3 - materiales cerámicos 1-11

cóllar y Tharsis), que alcanzan en el Período Orientalizante su etapa de mayor florecimiento (Cerro Salomón, Los Castrejones, Pico del Oro, Monte Romero, Cerro de la Divisa, etc.).

Este modelo de evolución del poblamiento nos remite a un tipo de hábitat fortificado muy relacionado con la producción de cobre, que comienza en el Calcolítico Final, llega a su madurez en el Bronce Pleno, y entra en crisis en el Bronce

Final, cuando los minerales de plata adquieren más valor en los mercados.

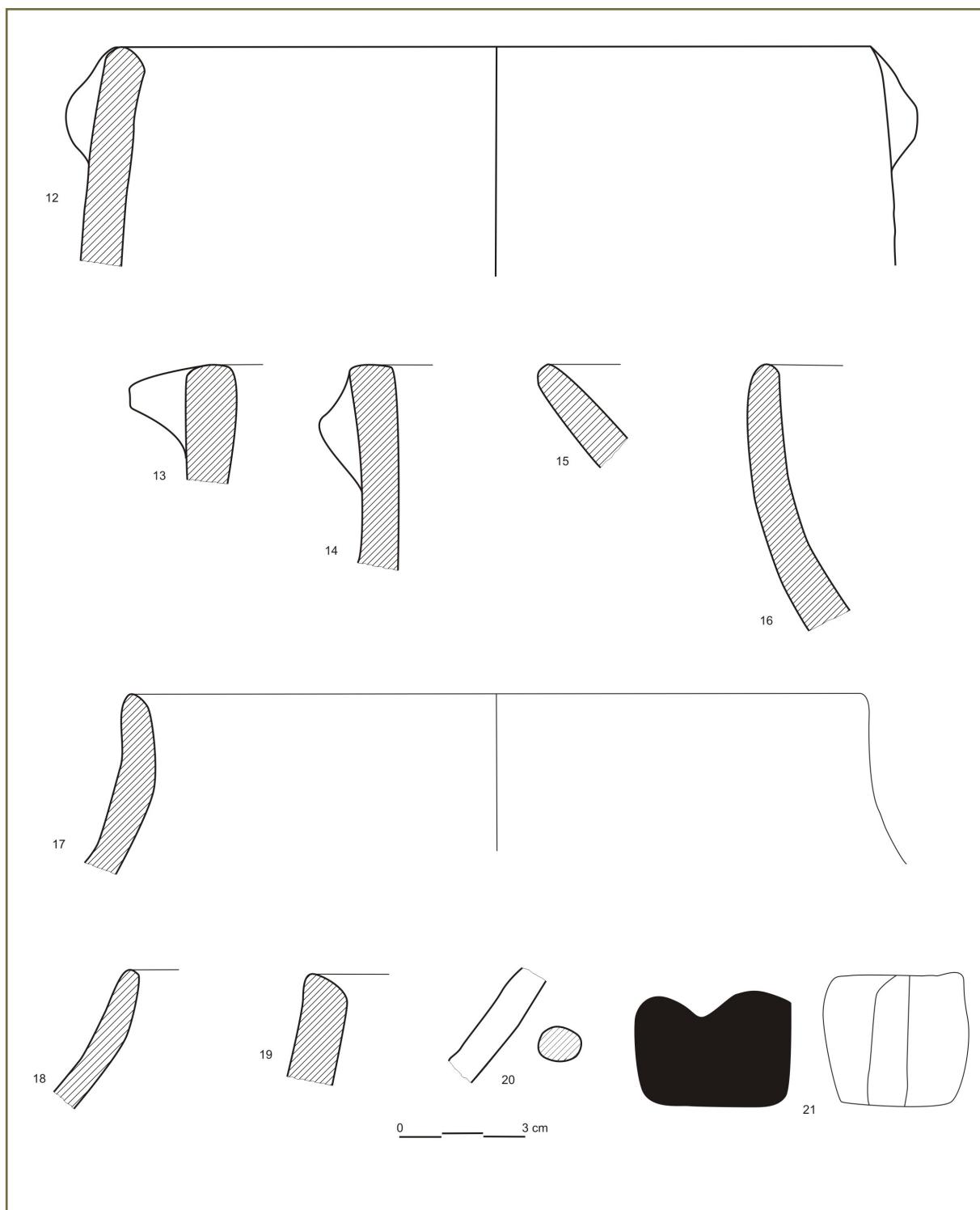


Fig. 4 - repertorio ergológico 12-21

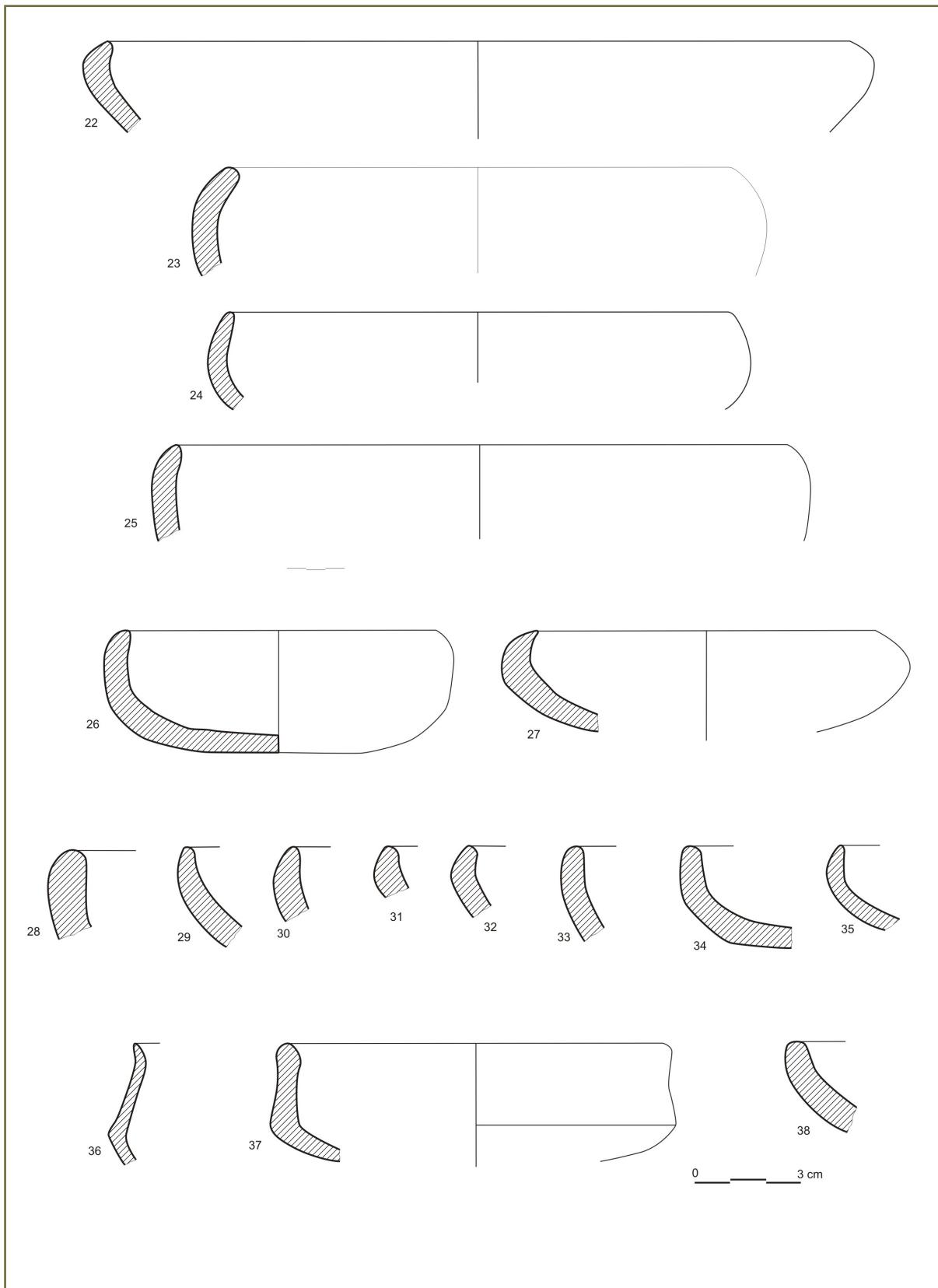


Fig. 5 - formas cerámicas 22-38

## Bibliografía

- AUBET, M.<sup>a</sup>E., SERNA, M.<sup>a</sup> R., ESCACENA, J.L., y RUIZ, M.M<sup>a</sup> (1984), *La Mesa de Setefilla, Lora del Río (Sevilla)*, Campaña de 1979, Excavaciones Arqueológicas en España, 122, Madrid.
- BUERO, M.<sup>a</sup> S., GUERRERO, L. J., IGLESIAS, E. y VENTURA, J. J. (1978), "Yacimiento del Bronce de Santa Eufemia", *Archivo Hispalense*, 186, 59 ss.
- DEL AMO Y DE LA HERA, M (1975): "Enterramientos en cista de la provincia de Huelva", Huelva, *Prehistoria y Antigüedad*, 109 ss., Madrid.
- ESCACENA, J. L. y DE FRUTOS, G. (1985): "Estratigrafía de la Edad del Bronce en el Monte Berrueco (Medina Sidonia, Cádiz)", *Noticiario Arqueológico Hispano*, 24, 9 ss.
- FERNÁNDEZ, F., RUIZ, D. y SANCHA, S. (1976). "Los enterramientos en cistas del Cortijo de Chichina (Sanlúcar la Mayor, Sevilla)", *Trabajos de Prehistoria*, 33, 351 ss.
- GARCÍA SANJUÁN, L. (1998), *La Traviesa. Ritual funerario y jerarquización social en una comunidad de la Edad del Bronce de Sierra Morena Occidental*, Spal Monografías, 1. Sevilla.
- GARCÍA SANJUÁN, L. Y VARGAS, M. A. (2002) "Prospecciones de superficie en Almadén de la Plata (Sevilla)". *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1999, T. III. Actividades de urgencia. 258 ss.
- GARCÍA, L. y HURTADO, V. (2004) "Análisis Espacial de la Dinámica de Poblamiento en la Sierra de Huelva durante la Prehistoria Reciente (c. 2500-750 a.n.e.)". *Actas do II Encontro de arqueología do Sudoeste peninsular*, 33 ss. Faro.
- GÓMEZ TOSCANO, F. (1998), *El final de la Edad del Bronce entre el Guadiana y el Guadalquivir*, Huelva.
- GÓMEZ, F., PAZ, M., PÉREZ, J. A., y CAMPOS, J. M. (1996): "Nuevo elemento de definición del territorio del Bajo Guadiana. El enterramiento de la Edad del Bronce de Valdecerros (Ayamonte, Huelva)", *I Jornadas Transfronterizas sobre la Contienda Hispano-Portuguesa*, 101 ss. Badajoz.
- GÓMEZ, F., ROMERO, E. y MARTÍN, S. (2001), "El hábitat prehistórico de Bejarano (Aroche, Huelva)", *XV Jornadas del Patrimonio de la Comarca de la Sierra*, 401 ss.
- HURTADO, V. y AMORES, F. (1984): "El tholos de las Canteras y los enterramientos del Bronce en la necrópolis de la Mesa de El Gandul (Alcalá de Guadaira, Sevilla)", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 9, 147 ss.
- HURTADO, V. y GARCÍA, L. (1994) "Áreas funcionales en el poblado de la Edad del Bronce de El Trastejón (Zufre, Huelva)". *Arqueología en el Entorno del Bajo Guadiana* (Campos, J., Pérez, J.A. y Gómez, F.,eds.), 239 ss. Sevilla.
- HURTADO, V., MONDEJAR, P., GARCÍA, L. Y ROMERO, E. (1999) "Excavaciones arqueológicas en el asentamiento de La Papúa (Zufre, Huelva)". *Anuario Arqueológico de Andalucía / 1994*, II, 105 ss.
- LÓPEZ PALOMO, L.A. (1993), Calcolítico y Edad del Bronce al Sur de Córdoba. Estratigrafía de Monturque. Córdoba.
- MARTÍN DE LA CRUZ, J.C. (1988), *El Llanete de los Moros, Montoro*, Córdoba, Excavaciones Arqueológicas en España, 151, Madrid.
- MARTÍN DE LA CRUZ, J.C., SANZ, M.<sup>a</sup> P., y BERMÚDEZ, J. (2000), *La Edad del Cobre en el Llanete de los Moros (Montoro). El origen de los pueblos de la campiña cordobesa*, Revista de Prehistoria, 1, Córdoba.
- MONGE, A., ARAUJO, M. y PEIXOTO, J. (1994): "Vestígios da prática de metalurgia em povoados calcolíticos da bacia do Guadiana, entre o Ardila e o Chança", *Arqueología en el entorno del Bajo Guadiana* (Campos, J., Pérez, J.A. y Gómez, F.,eds.), Huelva, 165 ss.
- MONGE SOARES, A.M., (2005)." Os povoados do Bronze Final do Sudoeste na margem esquerda portuguesa do Guadiana: novos dados sobre a cerâmica de ornatos brunidos", *Revista Portuguesa de Arqueología*, 8-1, 111 ss.
- NOCTE CALVO, F.-Coord.- (2004), *Odiel. Proyecto de investigación arqueológica para el análisis del origen de la desigualdad social en el Suroeste de la Península Ibérica*, Arqueología Monografías, Sevilla (2004).
- PAVÓN SOLDEVILLA, I. (1994), *Aproximación al estudio de la Edad del Bronce en la cuenca media del Guadiana: La Solana del Castillo de Alange (1987)*, Cáceres.
- (1998), *El tránsito del II milenio a. C. en las cuencas medias del Tajo y Guadiana: La Edad del Bronce*, Cáceres.
- PÉREZ MACÍAS, J.A. (1983), "Introducción al Bronce Final en el noroeste de la provincia de Huelva", *Habis*, 14, 207 ss.
- (1987), *Carta arqueológica de los Picos de Aroche*, Huelva.
- (1994), "El yacimiento del Cerro del Brueco. Propuesta para una secuencia de la Edad del Cobre en los Picos de Aroche", *Arqueología en el entorno del Bajo Guadiana*, 119 ss., Sevilla.
- (1996), *Metalurgia extractiva prerromana en Huelva*, Huelva.
- (1997), "Anotaciones sobre el Bronce del Suroeste. Necrópolis de cistas en el entorno del Embalse de Aracena". *Huelva en su Historia*, 6, 9 ss.
- PÉREZ, J.A. y BUERO, M.<sup>a</sup> S., (1986), "Noticias preliminares sobre el Cerro de San Cristóbal (Almonaster la Real, Huelva)", *I Jornadas del Patrimonio de la Sierra de Huelva*, 49 ss., Huelva.
- PÉREZ, J.A. y RIVERA, T. (2004), "Poblamiento en el grupo minero Sultana-San Rafael (Cala, Huelva) en la Edad de Bronce", *Antiquitas*, 16, 67 ss.
- PÉREZ, J.A., RIVERA, T. y ROMERO, E. (2003), "Crisoles-Hornos en el Bronce del Suroeste". *XXVII Congreso Nacional de Arqueología* (Teruel, 2003). Bolskan, 19 II, 65 ss.
- RAMOS MUÑOZ, J. (1993), *El hábitat prehistórico de El Estanquillo* (San Fernando, Cádiz), Cádiz.
- RIVERO, E. y VÁZQUEZ, M.<sup>a</sup> C. (1988), "Un enterramiento del horizonte Ferradeira en la provincia de Huelva", *II Jornadas del Patrimonio de la Sierra de Huelva*, 215 ss, Huelva.
- ROMERO BOMBA, E. (2002) "Intervención arqueológica en los hábitats de la Edad del Bronce de La Papúa (Zufre) y La Bujarda (Valdelarco)". *Anuario Arqueológico de Andalucía/1999*, III, 410 ss.
- (2003), "La intervención arqueológica en la necrópolis de cistas de Valdegalarzo (La Nava, Huelva)". *Anuario Arqueológico Andaluz*, 2000, 675 ss.
- ROMERO, E. y REGO, M. (2001), "El hábitat de la Edad del Bronce de Cerro do Forca (Barrancos, Portugal)", *XV Jornadas del Patrimonio de la Comarca de la Sierra*, 423 ss. Huelva.
- SANTANA FALCÓN, I. (1990)." Excavación de Urgencia de una estructura siliforme de enterramiento en el cortijo María Luisa (Cantillana, Sevilla)", *Anuario Arqueológico de Andalucía/1988*, III, 283 ss.

- SCHATTNER, TH., OVEJERO, G. y PEREZ, J.A.(2004):"Prospección Arqueometalúrgica del territorio muniguense", *Anuario Arqueológico de Andalucía/2001*, II, pp. 201 ss
- SCHUBART, H. (1975), *Die Kultur der Bronzezeit in Sudwesten der Iberischen Halbinsel*, Berlin.
- TEJERA GASPAR, A. (1986):"Excavaciones Arqueológicas en el Huerto Pimentel (Lebrija, Sevilla)", *Noticiario Arqueológico Hispano*, 26, 86 ss.